
Imperios confusos, viajeros equivocados: españoles y portugueses en la frontera amazónica

Manuel Lucena Giraldo

Introducción

En una de las referencias más comunes en el ámbito hispánico de su célebre obra *Casa-Grande y Senzala, Introducción a la historia de la sociedad patriarcal en el Brasil* (Caracas, 1977), el escritor y sociólogo brasileño Gilberto Freyre consideraba al portugués colonizador de Brasil «un español sin el ardor combativo ni la ortodoxia dramática del conquistador de México y del Perú, un inglés sin las ásperas líneas puritanas». Carente de un contorno definido entre los imperialistas modernos, se trataba ante todo de un contemporizador, un tipo humano entregado a la aventura del viaje ultramarino carente de ideales absolutos o prejuicios inflexibles. Por eso, según él, acababa por ser un esclavista «poco cruel» con sus negros e indios y se entregaba al «contacto voluptuoso con la mujer exótica». Al fin, adepto a una «tradición pegajosa de ineptia, de

estupidez y de salacidad», languidecía frente a la imagen poderosa y temible del conquistador castellano, enfermo de «alargamiento mórbido» pero capaz de socializar sus valores y combatir por idealismo, de tornar la férrea austeridad en crueldad, la fanfarronería en orgullo y la bravata en coraje.

El poderío de la narrativa de Freyre es incontestable, pero adolece de los males del esquematismo y habla de su distancia respecto a la experiencia colonial ibérica, resuelve con singular fuerza narrativa el reto de construir una identidad brasileña pero, entre otras cosas, reduce y limita en el cuadro de la memoria la peripecia representada por los viajeros y expedicionarios que protagonizaron desde el siglo XV las *hazañas* representadas por los descubrimientos geográficos. En realidad, Freyre estaba dedicado a inventar mitologías, y por eso dibujó los perfiles del explorador y colonizador portugués que requería su visión de un tiempo colonial marcado por la presencia costera y bahiana de la casa patriarcal y sensualista, uno de cuyos subproductos fue la reinención de la mulata brasileña. Reducidos a cenizas los otros dos grandes mitos fundacionales de aquel país, el de la conquista del interior continental por la acción *civilizadora* de los bandeirantes y el de la naturaleza virgen e inagotable, sólo la perturbadora y mágica presencia de las mulatas, convertidas en figuras de poder privado y público, parece desafiar el paso del tiempo¹.

Imperios ibéricos

Con todo, la reflexión comparativa de Freyre tiene inmenso interés y la peculiaridad del desarrollo histórico brasileño le confiere

¹ Sobre mitología nacional, territorio e historia, Magnoli, D., *O corpo da pátria. Imaginação geográfica e política externa no Brasil (1808-1912)*, Sao Paulo, 1997.

gran actualidad. Desde la amplia perspectiva del análisis del imperialismo portugués a escala global, tan vinculado a una vocación viajera y exploradora elevada a la categoría de elemento del «carácter nacional», el estudio de los rasgos del Brasil colonial permitirían desenmascarar un componente talasocrático al que se deberían, entre otros rasgos propios de la gente de mar, el medievalismo, el arcaísmo institucional, la falta de arraigo poblacional y la desmedida voluntad pirática. Sin embargo, la naturaleza básicamente terrestre y continental de la empresa de ocupación colonial luso-brasileña ha sido difundida y defendida por una historiografía deseosa de mostrar el imperio portugués como un *Leviathan* moderno, una estructura política concreta y visible en ciudades e instituciones y abierta a la iniciativa individual. Ante este panorama, resulta pertinente revisar algunas visiones contemporáneas del imperio portugués y de lo que era percibido como su fuerte dinamismo. En efecto, desde el *otro lado* tanto europeo como americano, el español, el avance imparable de la frontera selvática portuguesa era contemplado con indisimulada envidia, y se explicaba por la extrema movilidad de los *sertanistas* y los pioneros que entraban en la selva infinita, muchos de ellos gentes de color *quebrado*, que se comportaban en los ríos amazónicos de acuerdo con los principios de la remota tradición marítima lusa, esto es, al margen de todo principio o sujeción institucional². Lo cierto es que a partir de campamentos y asentamientos temporales que recordaban la fortaleza-factoría característica de la exploración africana, los luso-brasileños organizaron en la Amazonía sus famosas tropas de rescate y practicaron el comercio de esclavos y especies medicinales, fomentaron guerras intertribales o practicaron el contrabando con gran

² Nizza da Silva, M. B., «A saga dos sertanistas», *Océanos*, n.º 40, Lisboa, 1999, p. 149, distingue un sertanismo fluvial y canoero de otro terrestre, en el cual los mantenimientos eran transportados por mulas o por indígenas.

éxito. Lejos de parecer gentes arcaicas y deudoras de valores caducos, los «portugueses» de la frontera selvática resultaban ser, para los gobernantes y misioneros españoles, individuos de poco fiar, carentes de palabra y dotados de un apabullante sentido práctico, lo que les permitía, por ejemplo, pactar con infieles o indios de guerra sin aparentes problemas de conciencia. No está de más recordar que el individualismo se desarrolló en el lado portugués de la frontera hasta romper con el antiguo sentido colectivo que tuvieron los primeros bandeirantes. En el siglo XVIII, con la decadencia de la vieja bandeira, se abrió paso un modelo en el que cada hombre era dueño del botín que obtuviera. Nadie respondía más que de sí mismo; nada se repartía con los demás (Morse, R. M., ed., *The Bandeirantes. The Historical Role of the Brazilian Pathfinders*, Nueva York, 1965).

Frente a una frontera imperial portuguesa en continuo movimiento, contrasta la imagen de un secular estatismo español, tanto en el sentido de algo que no se mueve como de algo irremisiblemente unido a la acción del Estado. La contraposición entre los modelos de articulación fronteriza practicados en el lado español y en el portugués fue percibida desde época temprana, y estuvo bien presente cuando el desarrollo de la aritmética política y de las incipientes ciencias sociales y el uso del método comparativo permitieron asentar principios como la decadencia o el auge imperiales sobre bases que se pretendieron científicas³.

Obviamente, nos encontramos ante una cuestión relacionada con la expansión del newtonianismo y las nuevas ciencias, que alumbraron a su vez la aparición del *viajero científico*. Hasta que es-

³ Una perspectiva comparativa reciente en Hopkins, A. G., «Back to the future: From national history to imperial history», *Past and Present*, n.º 164, Londres, 1999, pp. 198-243, y Lucena Giraldo, M., coord., «Las tinieblas de la memoria. Una revisión de los imperios en la Edad Moderna», *Debate y Perspectivas*, n.º 2, Madrid, 2002.

te fue capaz de intervenir en las realidades amazónicas con una insólita eficacia, ya bien avanzado el siglo XVIII, los ministros, gobernantes y misioneros españoles apenas pudieron expresar su sensación de fracaso ante el vasto y disgregado mundo de la frontera amazónica. Ante ella, la tradición radicalmente urbana de la colonización castellana, por su carácter continental y terrestre, pareció encontrar desde el siglo XVI un muro insalvable. Por decirlo de otro modo, el sistema portugués de control territorial, de innegables reminiscencias marítimas, y apoyado en el movimiento estacional desde bases móviles de contingentes humanos indianizados y bien adaptados al nomadismo propio de la vida selvática, resultó más apto para controlar el espacio amazónico que el español, apegado a una lógica de dominación y poder urbana. Sólo en el caso de las misiones jesuíticas, cuya propia naturaleza se basaba en la complementariedad simbólica, territorial y organizativa de la sierra y la selva, el centro y la periferia, los colegios y las misiones, existió cierta movilidad y coherencia territorial. Su carácter de experimento autosostenido, su radical independencia y su exitosa soberanía explican tanto su éxito como su posterior eliminación.

Peregrinos de los mitos

En realidad, hay un elemento que sin lugar a dudas unifica el encuentro occidental –y en primer lugar el ibérico– con la naturaleza y la humanidad amazónicas, la construcción de una experiencia de viaje asociada a los mitos, cuya función es en este contexto construir una premonición de realidad, un artefacto cultural adaptativo, que luego será validado por la experiencia del viaje (J. Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento: III. El Dorado*, Madrid, 1989). Su fuerza incontenible dejó de lado las peculiaridades locales y trascendió las barreras políticas y sociales de la Europa moderna. Uno

de sus elementos de mayor interés es el relativo a su elevación al estatuto de memoria oficial, el análisis de su invención como pasado. Nos encontramos ante una cuestión interesante, porque desde el siglo XVII las historiografías portuguesa y española proyectaron sobre el Brasil en general y sobre la Amazonía en particular la fractura política que separó a Madrid de Lisboa en aquella centuria. Como señaló Rafael Valladares, «desde ambas partes se ha insistido en los aspectos que diferenciaron las respectivas experiencias coloniales, dibujando en el Nuevo Mundo dos líneas paralelas que, obviamente, jamás se cruzan» («Brasil: de la unión de coronas a la crisis de Sacramento, 1580-1680», en *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*, Salamanca, 2000). Llegados a este punto, cabe preguntarse si la imagen que había en Castilla y Portugal de la Amazonía era común, hasta qué punto la mitología inicial de la conquista se transformó durante los siglos XVII y XVIII, o en qué medida los mitos posteriores, empezando por el de la «selva virgen», constituyen invenciones nacionales esencialistas fundadas en construcciones vigentes desde el comienzo del proceso de occidentalización, con los descubridores y viajeros como sus agentes y promotores iniciales. En el caso español, un buen punto de partida para esta reflexión es el estudio del injustamente relegado *Epítome de la biblioteca oriental y occidental náutica y geográfica*, de Antonio de León Pinelo (ed. de Horacio Capel, Barcelona, 1982), la primera bibliografía específica sobre el Nuevo Mundo, publicada en 1629 y reeditada en 1737 con 15.691 adiciones por Andrés González de Barcia frente a las 977 del original. Como se sabe, la obra más destacada de León Pinelo es el *Paraíso en el Nuevo Mundo*, editada en 1656, que consta de dos partes, «Comentario apologético» e «Historia natural y peregrina de las Indias Occidentales» (León Pinelo, *op. cit.*). En ella, el cronista de Indias de origen converso discute la localización del paraíso terrenal, al que sitúa en el origen del Amazonas, y pondera la riqueza y

fertilidad de América con el fin de probar que se trataba de la tierra del paraíso. El *Epítome*, que tuvo una extraordinaria difusión, fue elaborado por su autor a partir de una *Historia del Nuevo Mundo* redactada previamente a petición del duque de Medina de las Torres, yerno del conde-duque de Olivares y gran canciller de las Indias. Los títulos XII y XIII están dedicados a las historias de Santa Cruz del Brasil y del Marañón y Dorado, y constituyen un testimonio fundamental de las noticias disponibles en la península sobre el Brasil en las primeras décadas del siglo XVII.

El trabajo de León Pinelo, que se relaciona con la mentalidad erudita emanada del humanismo renacentista, recoge relaciones, historias naturales, epigramas, diálogos, descripciones, instrucciones, observaciones, comentarios, derroteros, comedias y apuntamientos, debidos a la pluma de multitud de autores y viajeros antiguos y modernos tan reconocidos como Teodoro de Bry, Johannes de Laet, Francisco de Orellana, Gonzalo Fernández de Oviedo, Simão Estacio de Silveira, Lope de Vega, Tirso de Molina, Walter Raleigh o Richard Hakluyt (León Pinelo, *op. cit.*). Del contenido del libro es fácil deducir que en la monarquía hispánica existía una percepción homogénea de la Amazonía y sus espacios limítrofes, según la cual las noticias de unos autores se entremezclaban con las de otros sin que los mitos de origen o las apologías viajeras inventadas *a posteriori* por las distintas historiografías nacionalistas aparezcan con la claridad que se ha pretendido.

Lo que se vislumbra, en cambio, es la existencia de una experiencia de descubrimiento de la frontera tropical común a españoles y portugueses. Ésta seguramente alcanzó su expresión más refinada en la época de la unión de coronas y en el período de negociación de los tratados de Madrid y preliminar de San Ildefonso, firmados en 1750 y 1777, pero sobre esta experiencia pionera se gestaron mitos y realidades que, lejos de contraponerse, actuaron como herramientas conceptuales que se apoyaron entre sí en el de-

signio común de hacer de la selva un espacio vinculado al mundo occidental. Las consecuencias de este planteamiento son importantes, porque nos conducen a la revalorización del mito seiscentista de la Amazonía como un jardín de plata, y a reevaluar esta experiencia tal y como se formalizó racionalmente, con el uso de las herramientas propias de la ciencia newtoniana, en el siglo XVIII. Así, en su formulación barroquizante y arcaica, existe una poderosa feminización del paisaje, y los cursos fluviales son representados en cartas y mapas como las ramas que conducen hacia el fruto representado por el fértil cerro plateado de Potosí, coronado siempre por la devoción mariana. La fertilidad de la selva constituye una metáfora del triunfo del hombre sobre el paisaje feminizado; las representaciones de los nativos como seres asexuados y la difusión obsesiva del mito de las Amazonas en libros, mapas y papeles sueltos actúan como mecanismos de confirmación, ya que subrayan el peligro intrínseco y mortal representado por los indígenas, que llega a su máxima expresión en la mujer que es, además, nativa y guerrera. Por supuesto, la común interpretación de españoles y portugueses de la Amazonía como un jardín de plata tiene su validación a lo largo de un buen número de viajes y exploraciones, leídas con posterioridad en clave nacionalista, pero resultado de impulsos de viajeros perdidos y equivocados, dedicados a conocer los últimos confines del imperio filipino por motivos más o menos difíciles de interpretar, pero relacionados sin duda con la sombra alargada del cerro de Potosí. A este respecto, es imprescindible recordar la famosa expedición del capitán Pedro Texeira, al cual el gobernador de Maranhão, Jácome Raimundo de Noronha, ordenó que «lo descubriese todo y llegase hasta la ciudad de Quito». (D. Ribeiro y C. Araujo Moreira, eds., *La fundación de Brasil. Testimonios, 1500-1700*, Caracas, 1992, p. 479, cita del informe de Alonso de Rojas.) Su viaje constituyó la respuesta al no menos conocido viaje de dos legos franciscanos, fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo,

que acompañados de seis soldados lograron llegar desde Quito a Belém, en la desembocadura del Amazonas, entre 1636 y 1637, emulando los hechos de la expedición de Francisco de Orellana casi un siglo antes (Esteve Barba, C., *Historiografía indiana*, Madrid, 1992, pp. 417-418, sobre los relatos de este episodio). En octubre de este último año, Teixeira empezó a remontar el Amazonas, caracterizado como un «río increíble porque tiene muchos pescados de diferentes suertes, muchas carnes del monte, muchísima yuca y muchísimas frutas de castas diferentes». Lejos de abanderar la actitud nacionalista que se ha pretendido, Teixeira parece heredero de una tradición ibérica de descubrimiento, poblamiento y defensa de la Amazonía frente a las constantes acometidas de holandeses, franceses e ingleses. Su expedición, compuesta de setenta canoas, llevaba 70 soldados y 1.200 indios acompañados de mujeres y niños, hasta un total de 2.500 personas; tras partir de Cameté, en el Tocantins, y hacer escalas en el Gurupá y río Negro, continuaron al Solimões, el Napo y luego, ya por tierra, cruzando la cordillera, llegaron a Quito, donde la sorpresa debió ser comparable a la experimentada en Belém ante la llegada de los franciscanos dos años antes. A pesar de que el viaje de Teixeira fue narrado por el jesuita Cristóbal de Acuña en el *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas* cuando ya había estallado la revolución portuguesa, y por eso propugnó en su obra la necesidad de impedir el trato y comunicación con los portugueses radicados en el Perú, «que en estos tiempos sería bien perjudicial», lo cierto es que el virrey Chinchón ordenó en su momento «que el capitán mayor Pedro Teixeira, con toda su gente se volviese luego por el mismo camino que había venido a la ciudad de Pará», pero le otorgó todo lo necesario para el viaje por «fronteras que tan infestadas son de ordinario por el enemigo holandés». La independencia portuguesa impondría la necesidad de construir nuevas narrativas y nuevos géneros de expresión de la experiencia de viaje y descubrimiento, pero la plata po-

tosina solo cedería a fines de siglo su primacía ante otro metal precioso, el oro que, como veremos, desde el *feliz hallazgo* de Minas Gerais impulsaría la recontextualización de las expectativas y las posibilidades de la Amazonía.

Viajeros y expedicionarios ilustrados

Es posible que sea la naturaleza la que marca siempre la división arbitraria que hacen luego los hombres, y que sean viajeros y exploradores quienes tienen el designio de encontrar sus signos, pero no deja de resultar sorprendente que, en el caso que nos ocupa, a la separación de los imperios en 1640 sucediera el justo reparto de la plata y el oro entre ambas monarquías y, finalmente, en 1750, el tratado de Madrid otorgara el control de la Amazonía a la Corona portuguesa y el del Río de la Plata a la española, en lo que se consideró un justo reparto, ya que «cada uno obtiene lo que es de su interés». Por supuesto, el éxito del programa newtoniano de geometrización de la tierra impuso un método de verificación del acuerdo político que se añadió a los rituales cortesanos (que se siguieron cumplimentando) y las necesarias demostraciones de fuerza, paso previo a los intercambios de regalos, las fiestas colectivas y, finalmente, el logro de buenos acuerdos. El primer gran ciclo de delimitación amazónica pretendió constituir una apoteosis de racionalidad, pero se convirtió en un ejercicio de imaginación viajera. De acuerdo con las instrucciones, un grupo de «comisarios inteligentes», debía visitar la «raya» para ajustar los parajes por donde corriera la demarcación y poner señales en los lugares convenientes. Dos expediciones, divididas a su vez en «partidas» formadas en número similar por españoles y portugueses, y constituidas por comisarios, astrónomos, geógrafos, dibujantes, indios y personal de tropa, trazarían la línea divisoria desde Surinam hasta Uru-

guay, en sectores acordados de antemano. En el norte del continente, los españoles llegaron en 1760, con siete años de retraso, al punto de reunión en el río Negro, afluente del Amazonas, tras un viaje por el Orinoco que les impuso fundar pueblos, construir embarcaciones, clasificar plantas y animales y sobre todo discernir cuáles indígenas eran «amigos» y cuáles «enemigos». Los portugueses, por supuesto, hicieron lo mismo, pero la posesión y el conocimiento previos de las rutas amazónicas les permitieron desarrollar un programa de conocimiento y control del medio selvático con la fanática eficiencia que se suponía a unos militares regalistas. Tras un intermedio marcado por las desavenencias fronterizas, las nuevas paces de 1777 entre las Coronas ibéricas impulsieron de nuevo la ejecución del trazado de la línea divisoria en los confines selváticos del imperio. Cabría pensar que en esta ocasión el ajuste entre el programa político y el científico habría sido mayor, pero no fue así. En el sur del continente, la crisis de las expediciones de límites llevó a los comisarios a enfrentar el inexorable paso del tiempo en las «vastas soledades» americanas de la mejor manera posible. Mientras Juan Francisco de Aguirre se dedicaba a la noble tarea de escribir historia, Diego de Alvear se relacionó con los poderosos locales e hizo fortuna como ganadero, y el singular Félix de Azara se entregó a la observación naturalista y, quizás, demasiado humana, si recordamos sus citas sobre las mulatas que habitaban la frontera; otros expedicionarios se dedicaron a los trabajos astronómicos y cartográficos en la costa. En el norte del continente, el viaje alucinante del ingeniero Francisco de Requena constituyó tanto un prodigio de desvarío como una muestra de poder de adaptación. Acompañado del capitán criollo Felipe de Arechua, un capellán, un cirujano y un secretario, en 1780 salió de Quito para Tabatinga, en el alto Amazonas, donde empezaron a sufrir una interminable serie de desventuras. Fiebres, epidemias y dificultades logísticas no impidieron a los expedicionarios reconocer los ríos Apaporis y de los

Engaños. Mientras su esposa (obligada como única blanca a bailar con su marido y con cada uno de los comisarios portugueses en los natalicios reales), además de sus hijos, que le acompañaban, eran presa del abatimiento y la locura, Requena tuvo tiempo y coraje para hacer mapas, enfrentarse a los portugueses, efectuar observaciones astronómicas y termométricas y llevar al límite la capacidad de racionalización occidental, hasta sepultar el último tabú, el canibalismo. En su diario de viaje anota: «la mala costumbre que tienen los infieles de estos ríos en alimentarse de sus prisioneros, [es] vicio que deben frecuentarlo más por necesidad que por gula, vista la falta de carne que tienen en estos ríos» (Requena, F., y otros, *Ilustrados y bárbaros. Diario de la exploración de límites al Amazonas (1782)*, Madrid, 1991), El reflejo político de estos planteamientos de explorador transformado (y trastornado) por la necesidad de entender fue su propuesta de que la Corona española considerara una alianza beneficiosa con los indígenas amazónicos como único sistema para lograr la consolidación real y no imaginaria de la última frontera imperial, la que se enfrentaba por fin al otro mas lejano que se pudiera imaginar, aquel que él había visto durante décadas, hasta lograr, de alguna manera, entenderlo y hacerlo suyo. Aquel fue el destino anunciado de un viajero perdido, enviado a la selva por un imperio tan equivocado como cualquier otro.

M. L. G.